

Explicación bíblica de las lecturas de todos los domingos y fiestas

Joan Ferrer, biblista

Del domingo 27 hasta el domingo 34 del tiempo ordinario

Con la solemnidad de Todos los Santos
y la conmemoración de los Difuntos.
Del 4 de octubre al 27 de noviembre de 2020

Ciclo A

CPL
Caja de Pensiones
Laborales

D. 27 tiempo ordinario / A

1 lectura: Isaías 5,1-7

La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel.

Estos versos articulan la larga historia entre el Señor y el amado del Señor, que empezó con afecto y ternura —las prodigiosas intervenciones salvíficas en la vida de Israel— y acabó con severidad y desgracia —el castigo del exilio—. El paso de una situación a otra se produjo por causa del fracaso de Israel por dar buenos frutos —la actitud recalcitrante de Israel durante la época de la monarquía en cumplir las expectativas de la Ley de Dios—. El poema repasa toda la vida del pueblo de Israel histórico en relación con su identidad teológica: el pueblo es una viña de Dios que depende totalmente de él.

Al principio no se nos dice quién habla en este poema de amor. Solo al final sa-

bemos que el cantor es el mismo Señor que canta sobre el amado Israel. El amo de la viña ha hecho todo lo que ha podido, con una devoción y un trabajo sin medida, para favorecer el bienestar de la propiedad, pero al final no ha obtenido lo que esperaba de ella. Entonces el propietario ha dejado la tierra completamente abandonada, como Judá llevado al exilio.

El último verso descodifica el canto de amor y nos explica que lo que quería el Señor era «derecho y justicia»; Israel ha de ser una comunidad que practique relaciones sociales positivas, sin abusos ni explotaciones; pero el resultado en la historia ha sido de «asesinatos y lamentos».

2 lectura: Filipenses 4,6-9

Poned esto por obra, y el Dios de la paz estará con vosotros.

Pablo está encarcelado y escribe estos prodigiosos versículos a la comunidad cristiana de Filipo: «Nada os preocupe». El pensamiento de Pablo se acerca mucho al del sermón de la montaña de Mateo 6,25-33, que nos enseña a tener una profunda confianza en la providencia divina que nos hace rechazar la angustia, la ansiedad.

Pablo resalta también la proximidad de Dios, que se manifiesta en su «paz»: «La paz de Dios, que sobrepasa todo juicio, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Je-

sús». El don de esta paz permite que los cristianos tengan en cuenta todo aquello que es bueno: «verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito». Esta manera cristiana de afrontar la vida se fundamenta en la presencia de Jesús, que guarda nuestros corazones y nuestros pensamientos, toda nuestra existencia.

La comunidad ha de «obrar» lo que el apóstol ha transmitido de palabra o con su ejemplo. Esto es una nueva garantía de que «el Dios de la paz estará con vosotros».

3lectura: Mateo 21,33-43

Arrendará la viña a otros labradores.

Esta parábola parece profundamente polémica, pues contempla el rechazo de las autoridades judías del Mesías Jesús y también el camino del mensaje cristiano hacia un mundo no-judío. De toda manera, descubriremos que la perspectiva de la parábola va mucho más allá de este contexto de confrontación. La parábola confronta a los oyentes con la necesidad de dar «frutos del Reino».

La primera observación que hay que hacer es sobre la altísima perspectiva cristológica de la parábola. El hijo viene en la línea de los profetas que han sido lapidados y asesinados. Cuando los labradores calcularon que si mataban al hijo podrían heredar la propiedad, «lo empujaron fuera de la viña y lo mataron».

Las autoridades judías que dialogan con Jesús, inadvertidamente se condenan a sí mismas por su respuesta. La cita que hace el narrador del salmo 117,22-23 (versión litúrgica) lo deja perfectamente claro: la piedra desechada ahora es piedra angular. Este es el texto de la Escritura que la Iglesia de los primeros tiempos utilizó para remarcar que Dios había reivindicado a Jesús, profeta crucificado, en la resurrección.

Es evidente, sin ninguna clase de ambigüedad, que el hijo es Jesús, y que el punto de vista desde donde se contem-

pla la explicación alegórica es Pascua.

En una primera lectura la parábola nos dice cosas sobre el rechazo, por una gran parte del pueblo de Israel, de Jesús como Mesías: la viña –ahora es el Reino de Dios– es rehén de los labradores originarios, que abusaron del cargo privilegiado que les había sido otorgado, y es confiada no a los no-judíos, sino a «un pueblo que produzca sus frutos». La pregunta, pues, que nos ha de intrigar, es: ¿somos nosotros un pueblo que produce verdaderamente «frutos del Reino»?

«Fruto» es una palabra que aparece a menudo en el evangelio según Mateo: en el mensaje de Juan a los fariseos y saduceos; en el sermón de la montaña (Mateo 7,15-20). La verdadera conversión lleva a un cambio de vida, a una radical obediencia a Dios. Todo el evangelio nos ofrece imágenes de lo que es una vida convertida, que se resumen en los dos mandamientos de amar a Dios y amar al prójimo (Mateo 22,34-39).

A los oyentes y lectores se nos invita con urgencia a examinarnos nosotros mismos. Los oyentes originales también entendieron este mensaje, pero solo fueron capaces de responder con violencia, tal como se ve en los dos versículos finales del capítulo, que nuestra lectura de hoy no contempla (21,45-46).

JOAN FERRER

D. 28 tiempo ordinario / A

1 lectura: Isaías 25,6-9

El Señor preparará un festín, y enjugará las lágrimas de todos los rostros.

El profeta nos hace contemplar una realidad sorprendente: el prodigioso y generoso gobierno del Señor. Estos versos indican la venida en plenitud del Reino de Dios. Se trata de una visión portentosa de un mundo en el que el gobierno del Señor –su Reino– es una realidad sin restricciones.

La imaginación profética lo sitúa «en este monte» –la montaña de Sión, Jerusalén, tan amada en las Sagradas Escrituras–. Este es el lugar donde se celebrará la gran fiesta, el banquete de Dios, al que todos los pueblos estarán convidados.

Aquí el dolor que atenaza a la humanidad será destruido por siempre: «Aniquilará la muerte para siempre». Aquí esta muerte no es la conciencia de que todos han de morir, sino una fuerza activa de negatividad que actúa contra la vida, la persona y la comunidad. Esta muerte Dios la «aniquilará». Entonces ya no habrá lágrimas, ni causa de tristeza, ni ocasión de lamentarse. El poeta habla de una transformación radical y completa: es una manera de hacer activa en el presente la certeza del futuro de Dios.

2 lectura: Filipenses 4,12-14.19-20

Todo lo puedo en aquel que me conforta.

La liturgia de hoy nos propone la lectura de dos fragmentos de los últimos párrafos de la carta a los Filipenses. Pablo está encarcelado en un lugar que no se puede precisar, pero que quizá es Éfeso, y desde la cárcel ha enviado sus enseñanzas a la comunidad que él fundó en Filipo. El núcleo de la enseñanza ha sido cristológico: el esquema «anonadamiento-exaltación» del himno 2,6-11 es fundamental, hasta el extremo de que toda la moral cristiana es comprendida y explicada a ejemplo de Cristo. El segundo de los grandes temas que ha desplegado esta carta es el de la unidad y la comunión en la comunidad.

En los fragmentos leídos encontramos que Pablo explica que ha aprendido a vivir, a partir de su experiencia como siervo del Evangelio, en situaciones de indigencia y de abundancia. Esto también ha sido un don de Dios. Pablo sabe que ha recibido de Dios la fuerza para adaptarse a situaciones extremas y contrapuestas. El apóstol sabe que en su debilidad se manifiesta toda la potencia de Dios mediante Cristo y su resurrección. La autosuficiencia de Pablo se fundamenta en su dependencia exclusiva de Dios mediante su comunión con el Resucitado.

Pablo ha recibido ayuda material de los cristianos de Filipo, y ahora les dice que

Dios los recompensará por su generosidad mostrada con él, prisionero por causa del Evangelio.

El fragmento –que es el final de la carta

antes de los saludos conclusivos– acaba con una alabanza a Dios: los destinatarios son invitados a hacer de su propia vida, siguiendo el ejemplo del mismo Pablo, una alabanza al Señor.

3lectura: Mateo 22,1-14

A todos los que encontréis, convidadlos a la boda.

La parábola propone el tema de un banquete de bodas organizado por un rey. Cuando los criados son enviados a decir a los invitados que ya pueden acudir, ocurre una cosa muy extraña: aparte de no querer asistir, incluso maltratan y matan a algunos de los criados. De manera comprensible, el rey reacciona con rabia. Entonces la historia del banquete de bodas es interrumpida. El rey envía tropas a destruir a aquellos invitados y a incendiarles la ciudad. Entonces un segundo grupo de invitados es convocado por los caminos hasta que la sala del banquete se llenó. En apariencia la parábola es explicada en clave de rechazo, por la mayor parte de los judíos, del Evangelio cristiano. Los criados son los predicadores que han sido maltratados o muertos, y cuyo mensaje ha sido rechazado por los jefes judíos. La venganza del rey parece una alusión a la destrucción de Jerusalén por las legiones romanas el año 70 después de Cristo. Los nuevos convidados son los paganos, que acaban gozando del banquete de bodas.

La sorpresa viene en la escena final, que nos presenta a un convidado que no iba con vestido de fiesta. Es un detalle francamente difícil de comprender.

¿Un hombre llamado «en los cruces de los caminos» se puede esperar que lleve vestido de fiesta? ¿Qué significa que «no abrió boca»? ¿Son «la tiniebla» y «el llanto y el rechinar de dientes» el castigo adecuado por no llevar en estas circunstancias el vestido del banquete de bodas?

Está muy claro que este añadido de la historia quiere poner en cuestión la autosuficiencia de algunos oyentes, que ya no son judíos sino solo lectores u oyentes cristianos. Como en todo momento de la historia, la comunidad de Mateo se compone de «malos y buenos» (22,10). Siempre hay cizaña entre el trigo, pero aquí el texto solo quiere confrontar a los oyentes con la figura desventurada e inquietante del convidado sin vestido de fiesta. Aquí nadie ha de juzgar a los demás, solo es preciso que cada uno se mire a sí mismo para ver si está preparado para encontrarse con el Rey.

El vestido de boda, en el contexto de Mateo, ha de significar «hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (7,21) y producir frutos del Reino, en una vida coherente con el don del Evangelio que hemos recibido.

JOAN FERRER

D. 29 tiempo ordinario / A

1 lectura: Isaías 45,1.4-6

Llevó de la mano a Ciro para doblegar ante él las naciones.

El Señor, Dios de Israel, es el Dios que actúa en la historia de su pueblo y de todas las naciones. Sus intervenciones más grandes, según la perspectiva del Deuterocanónico, han sido la liberación de Israel, esclavo de Egipto, a través del paso del mar que se secó para dejar pasar al pueblo de Dios, y ahora, en aquel preciso momento histórico de la vida del pueblo y del profeta, la llamada de un rey pagano, Ciro de Persia, «ungido» con la misión de conquistar Babilonia y ofrecer a los judíos exiliados desde hacía cincuenta años, el retorno a la Tierra Prometida.

Isaías, en el exilio, entiende que el futuro de Dios en el mundo no queda limitado al horizonte de Israel, de manera que puede afirmar que Dios confía una misión liberadora –salvífica– a un pagano. Este hecho sorprendente es, de alguna manera, un preludio de la afir-

mación central de la fe cristiana: Jesús, un desconocido sin credenciales para las autoridades del pueblo de Israel, realiza la obra salvadora de Dios a través de su muerte en cruz. El escándalo es absoluto.

El texto de Isaías pone de manifiesto que el futuro que Dios tiene preparado para Israel no se llevará a cabo de la manera que los judíos exiliados habrían esperado o preferido. El plan de Dios supera todo lo que es imaginable porque Ciro ni conoce al Señor; pero todo este asunto tan complejo de política internacional, que supone la caída de imperios y la posibilidad de libertad para un pueblo como Israel, ha sido hecho «por mi siervo Jacob, por mi escogido Israel». Así, todo esto ocurrirá «para que sepan... que no hay otro fuera de mí». El Señor se manifiesta como el creador y el único Señor del mundo.

2 lectura: 1 Tesalonicenses 1,1-5b

Recordamos vuestra fe, vuestro amor y vuestra esperanza.

La primera carta a los Tesalonicenses es la primera de las cartas de Pablo, y la primera evidencia escrita de la historia cristiana. Empieza con una extensa acción de gracias, en que Pablo expresa su agradecimiento a Dios por el hecho de que los tesalonicenses han recibido el Evangelio de Jesucristo. Lo que es sorprendente de este pasaje es que Pablo muestra una imagen muy diferente de lo que parecería tradicional: una

acción unilateral por parte del evangelista y una audiencia receptiva, aunque pasiva. La perspectiva de Pablo es muy diferente: Pablo y sus colaboradores interaccionan con los tesalonicenses, de manera que las dos partes acaban cambiando, hasta el extremo que los de Tesalónica acaban convirtiéndose en evangelistas.

Lucas, en la imagen que nos ofrece de

la primera predicación cristiana en los Hechos de los Apóstoles, nos presenta a Pablo y a los primeros evangelistas hablando en los cruces de las calles y en las plazas; Pablo, en sus cartas, apenas da pistas de la manera real como él evangelizaba, pero quizá podríamos pensar que hubo una comunicación del Evangelio en grupos pequeños de gente y en lugares mucho más discretos, como talleres, o encuentros informales

más que en grandes ocasiones públicas. Fuera como fuese, lo que es cierto es que Pablo dice a los de Tesalónica que «cuando se proclamó el Evangelio entre vosotros, no hubo solo palabras, sino además fuerza del Espíritu Santo y convicción profunda». El Evangelio es mucho más que palabras o consideraciones intelectuales, y cobra muchas formas, que llevan a la certeza de ser amados y elegidos de Dios.

3lectura: Mateo 22,15-21

Pagadle al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

El evangelio de hoy ha estado a lo largo de los siglos en el fondo de las discusiones sobre si la Iglesia tenía que estar presente en la historia política, y sobre las responsabilidades de los cristianos en el Estado. El hecho es, sin embargo, que el texto no da respuestas a los que vivimos en estados democráticos. El texto permanece abierto a muchas interpretaciones y a doctrinas muy diferentes sobre la Iglesia y el Estado, y no da una definición precisa de las obligaciones cristianas en el campo político.

El texto empieza con el plan de los fariseos para «comprometer a Jesús con una pregunta». Estos, junto con los partidarios de Herodes Antipas, que gobernaba sobre Galilea con el título de «tetrarca» en tiempo del ministerio de Jesús, empiezan halagando a Jesús y le formulan la pregunta sobre la licitud de pagar impuestos a los ocupantes romanos de la Tierra Prometida. Si responde «sí» la multitud que escucha a Jesús quedará decepcionada, porque hay mucha gente que piensa que pagar

impuestos es un acto de traición. Incluso los había que consideraban que las monedas con la imagen del César eran ofensivas. Si responde «no», entonces Jesús es culpable de traición ante un grupo claramente político como son los herodianos.

La respuesta de Jesús, en un primer momento, es claramente evasiva: dad al emperador las cosas que son del emperador y a Dios las cosas de Dios. Jesús ha huido, pues, de la trampa que le habían preparado. Ahora cada uno ha de decidir por dónde ha de pasar la línea que marca el límite entre la jurisdicción del César y la de Dios. El evangelista nos dice que «al oírlo se maravillaron y dejándolo se fueron» (22,22).

Hemos de señalar que Jesús pregunta por la «figura» o «imagen» que hay en la moneda. La moneda lleva la imagen del César y le pertenece, pero los seres humanos llevamos la imagen de Dios y le pertenecemos. Las personas tenemos responsabilidades más altas que las que puede imponer el Estado.

JOAN FERRER

D. 30 tiempo ordinario / A

1 lectura: Éxodo 22,20-26

Si explotáis a viudas y huérfanos, se encenderá mi ira contra vosotros.

El fragmento que hoy leemos del libro del Éxodo pertenece a la colección más antigua de leyes del Antiguo Testamento. El Éxodo la reporta en el contexto de la alianza, o pacto que Dios ofreció al pueblo de Israel a través de Moisés en el Sinaí.

Nuestra lectura contiene dos órdenes expresadas en negativo –«no oprimirás...»– seguidas de un comentario. El primer mandamiento protege a los forasteros que viven en medio del pueblo de Israel. Estas personas que no tienen derecho de ciudadanía son muy vulnerables. La segunda orden protege a las viudas y a los huérfanos: las mujeres y niños que han perdido a su protector masculino se encuentran expuestas a toda clase de abusos. Los comentarios a las leyes son muy interesantes. El que se refiere a los inmigrantes remite a la

tradición del Éxodo. De la misma manera que Israel fue protegido cuando estaba marginado, asimismo ha de actuar con los desfavorecidos. La memoria del Éxodo, el acto liberador de Dios por antonomasia, ha de ser siempre un fundamento de la ética.

La segunda parte de la lectura se refiere a los pobres y es muy radical: la actividad económica ha de estar regulada por el principio de la solidaridad comunitaria. Los israelitas no han de ser como los otros banqueros; han de ser diferentes: no se puede jugar con la miseria. La ley no habla de la viabilidad económica de no exigir intereses, simplemente exige que se cuide la vida del pobre. La garantía de todo esto es Dios mismo, que se define como «compasivo» y actúa con el pueblo siempre como un Dios de gracia.

2 lectura: 1 Tesalonicenses 1,5c-10

Abandonasteis los ídolos para servir a Dios y aguarda la vuelta de su Hijo.

Esta lectura es la segunda parte de la introducción de la primera carta de Pablo a los Tesalonicenses. El apóstol, en su acción de gracias a Dios por los frutos del Evangelio que dio su estancia entre los tesalonicenses, recuerda que «seguisteis nuestro ejemplo» y que acogieron la palabra de Dios con gozo más allá del simple asentimiento intelectual.

Pablo entiende que una respuesta adecuada al Evangelio comporta la acepta-

ción de la verdad de la obra salvadora de Dios, y al mismo tiempo la acción, porque la Palabra siempre trae realidades nuevas. El resultado de la relación de Pablo con los tesalonicenses no es simplemente la conversión de algunas personas de la ciudad, sino que ellos mismos se han convertido en ministros del Evangelio: «Llegasteis a ser un modelo para todos los creyentes de Macedonia y de Acaya». Ellos mismos se han

convertido en modelos de fe. Es posible que Pablo, aquí, por razones retóricas, exagere un poco, pero la consideración es muy importante: los nuevos cristianos de Tesalónica, aunque no han sido designados como apóstoles o predicadores, en realidad han sido unos buenos testimonios del evangelio en virtud del impacto que su conversión ha tenido en la vida de otras personas.

La conversión de estos antiguos paga-

nos en cristianos es explicada al final del fragmento que hemos leído: se han vuelto hacia el único Dios después de dar culto a los ídolos y ahora sirven «al Dios vivo y verdadero» y viven «aguardando la vuelta de su Hijo Jesús desde el cielo, a quien ha resucitado de entre los muertos». El tiempo de la vuelta del Señor no está sujeto a las predicciones humanas, pero los cristianos esperamos la vuelta del Señor como parte del triunfo final de Dios sobre el mal.

3lectura: Mateo 22,34-40

Amarás al Señor, tu Dios, y a tu prójimo como a ti mismo

Desde la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén (Mateo 21,1-11), la narración evangélica se ha ido haciendo eco del conflicto cada vez más grave entre Jesús y las autoridades.

El fragmento que proclamamos hoy, que se plantea como una prueba a Jesús, contiene, en realidad, una pregunta fundamental para cualquier persona: «¿Cuál es el mandamiento principal de la Ley?».

La respuesta de Jesús es capital. Jesús dice que ambos mandamientos son inseparables: el amor a Dios con todo el corazón y el amor para con el vecino, aquel que está cerca de nosotros. El segundo es «semejante a él», porque nos ofrece el camino a través del cual el amor de Dios puede encontrar la concreción práctica. La primera carta de Juan lo formula con una claridad absoluta: «Quien dice: “Yo amo

a Dios”, pero al mismo tiempo odia a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, si no es capaz de amar al hermano, a quien ve?» (1Jn 4,20).

Ambos mandamientos son inseparables, pero no se disuelven uno dentro del otro. Descubrir que es decisivo amar a los demás como a ti mismo –por ejemplo con actos de servicio o luchas por la justicia– no significa que el primer mandamiento deje de ser significativo. El primer mandamiento sigue siendo *el primer* mandamiento. Hay una dimensión del amor de Dios que va más allá y que es diferente de amar a una persona; es decir, Dios es el último punto de referencia para la vida humana. La plegaria, la liturgia, la búsqueda de la verdad sobre Dios siguen siendo puntos nucleares sobre los cuales se fundamenta la vida.

JOAN FERRER

Todos los Santos

1 lectura: Apocalipsis 7,2-4.9-14

Apareció en la visión una muchedumbre inmensa...

El fragmento que hoy proclamamos forma un interludio entre la apertura de los seis primeros sellos y el último. La primera parte de nuestra perícopa describe el sellado –«marquemos en la frente a los siervos de nuestro Dios»– de los de Israel que han sido redimidos. Esta acción indica que han sido confirmados como miembros de la comunidad del Cordero, Jesucristo. El número de 144.000 es simbólico: es el resultado de multiplicar 12 –las tribus de Israel– por sí mismo y por mil. Es una cantidad muy grande, pero se refiere solo a Israel.

La segunda parte de la visión es la descripción de la confirmación de los miembros de la comunidad del Cordero que provienen de fuera del judaísmo: «de toda nación, raza, pueblo, y lengua». Estos no tienen un número preciso y geométrico como el otro grupo, sino que se trata de «una mu-

chedumbre inmensa que nadie podría contar».

Iban vestidos de blanco, símbolo de pureza y llevaban palmas, señal aquí de la victoria del Cordero y, a través de él, de los salvados. El himno que cantan es una alabanza a Dios y al Cordero.

La precisión final del personaje de la corte de Dios explica que estos que ahora se hallan ante la presencia de Dios y del Cordero solo han podido llegar allí a través de una gran lucha y sufrimiento. Todo da a entender que son los que han dado la vida para defender la fe, los primeros mártires de la Iglesia. Hay que señalar, sin embargo, aunque sus sufrimientos son importantes a los ojos de Dios, que su victoria no ha sido obtenida a través de sus propios esfuerzos sino por la muerte de Jesús y su resurrección triunfante: «Han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero».

2 lectura. 1 Juan 3,1-3

Veremos a Dios tal cual es.

Este texto nos enseña algo sobre los hijos de Dios. En primer lugar nos dice que se caracterizan por el amor que Dios les ha dado. Este amor se ha de manifestar en amor mutuo entre los hijos de Dios que son hermanos. El punto de partida, no obstante, es el amor de Dios que ha constituido la comunidad. Hay un hilo que une a todos los creyentes, del pasado y del presente, conocidos y desconocidos, que es el amor de Dios. Recordemos que en el Credo afir-

mamos que creemos en la «comunidad de los santos». Este amor pide –porque el amor solo se puede pagar con amor– una respuesta de amor a Dios y a los «santos» de todos los siglos. Esto es una fuerza poderosa de apoyo y solidaridad.

Hay también otro punto: el amor es un motivo que conecta a los creyentes y, a la vez, los mantiene aparte del mundo. La perspectiva no es de carácter sec-

tario sino de otro tipo muy diferente: en todas las épocas, los que adoptan los valores y percepciones del mundo, no son capaces de reconocer a Dios ni a los hijos de Dios. La humanidad permanece al margen de Dios por su propia ceguera. Los creyentes también comparten el hecho de ser objetos de la hostilidad perenne del mundo para con el Evangelio.

El fragmento acaba hablando del futu-

ro de los hijos de Dios: y aunque por el amor de Dios ya somos ahora hijos de Dios, el futuro promete que nos llevará a otra transformación, «seremos semejantes a él», pese a que no sabemos qué significará esta transformación. Todos los cristianos hemos de compartir a lo largo de los siglos la convicción de que la muerte no será el fin de nuestra vida de los unos con los otros o con Dios. El futuro es, a la vez, conocido y desconocido.

3lectura: Mateo 5,1-12a

Estad alegres y contentos: vuestra recompensa será grande en el cielo.

Las bienaventuranzas son una constatación de bendición escatológica y son particularmente apropiadas para la fiesta de Todos los Santos. Las podemos leer desde dos perspectivas. Desde los receptores de las bendiciones: ¿A quién pertenece el Reino del cielo? ¿Quién poseerá la tierra? ¿Quién verá a Dios? Las respuestas son sorprendentes: los pobres en el espíritu, los humildes, los limpios de corazón. Estos candidatos tan insólitos son los beneficiarios de la atención especial de Dios.

También las podemos leer desde la perspectiva de las bendiciones prometidas: ¿Qué pueden esperar los pobres en el espíritu? ¿Y los sufridos o los limpios de corazón? De nuevo, en términos de estándares humanos de recompensa, las respuestas son sorprendentes: son demasiado colosales. No son solo las promesas orientadas a una existencia más allá de la muerte, sino que tienen un profundo impacto en la vida vivida ahora.

Tomemos las dos últimas: los que trabajan por la paz y los perseguidos, porque han llevado una vida acorde con el Evangelio, estos recibirán una gran recompensa y el Reino les pertenece.

El día de Todos los Santos la Iglesia celebra la promesa que Dios no ha olvidado a los pobres en el espíritu, a los que lloran, a los sufridos, a los que tienen hambre y sed, a los misericordiosos, a los limpios de corazón, a los que trabajan por la paz ni a los perseguidos.

La última bienaventuranza tiene una referencia inesperada para los que aún están vivos. Estos no son invitados a recibir una recompensa instantánea sino a ser confortados en una perspectiva escatológica. Ante la persecución e incompreensión, la promesa divina afecta al futuro y comporta una promesa divina de alegría. La celebración de la reivindicación que hace Dios de los santos, que sufrieron, comporta el ánimo para todos los que luchan contra las fuerzas de la opresión.

JOAN FERRER

Fieles Difuntos

1 lectura: Job 19,1.23-27a Yo sé que está vivo mi Redentor.

El libro de Job contiene el gran debate del Antiguo Testamento sobre la justicia de Dios. Enmarcado entre un prólogo y un epílogo, que nos habla de la paciencia de un hombre que acepta las desgracias sin quejarse y que al final es recompensado con creces por Dios, se compone de una serie de diálogos entre Job y sus amigos, que representan diversos aspectos de la fe y la sabiduría antiguas de Israel que, al fin y al cabo, se manifiestan incapaces de dar una respuesta auténtica al clamor de Job. ¿Por qué he de sufrir? ¿Cuál es el papel de Dios ante este misterio?

Job no quiere aceptar ninguna de las respuestas de sus amigos, que ya han sido demasiado oídas y, después de

todo, no aportan ninguna respuesta. ¿Cómo puede ser que el mundo sufra?

En la tradición bíblica (Números 35,12), el defensor o redentor es el familiar en quien recae directamente el derecho y el deber de proteger la persona y los bienes del pariente en dificultades, y de vengarlo en caso de muerte. Job cree firmemente que Dios mismo será su defensor, porque está convencido de la propia inocencia y de la justicia divina. Este defensor está vivo y activo –juez y testimonio– y acabará confirmando la «buena nueva».

Job sabe que será él mismo –y no otros, como los amigos que hablan sin saber– quien «verá» a Dios.

2 lectura: Romanos 14,7-9.10c-12 En la vida y en la muerte somos del Señor.

Pablo, en el contexto de unas instrucciones sobre las disputas que se debían haber producido en la comunidad de Roma, a propósito del consumo de determinados alimentos que unos consideraban lícitos y otros no, insiere este fragmento que manifiesta la constatación de que los cristianos pertenecemos a Dios: Dios nos ha creado y en Cristo nos ha reclamado. Este hecho es absolutamente fundamental. El principio de todo es que tanto la vida como la muerte están presididas por el mis-

mo Señor, que ha vencido a la muerte por ser soberano de vivos y muertos.

Pero la vida es una realidad muy seria precisamente porque es un don de Dios, que pide a los creyentes ser vivida con la dignidad requerida por su Donador. Pablo recuerda, con una cita compuesta de dos fragmentos del libro de Isaías (49,18; 42,53), que el tribunal de Dios espera a todos. Hay que tener siempre presente que el Dios que se sienta en este tribunal es Señor de gracia y de vida.

3lectura: Juan 14,1-6

En la casa de mi padre hay muchas estancias.

Jesús es el camino hacia el Padre. El Evangelio según Juan dice que él mismo se había turbado ante la muerte de Lázaro y ante la inminencia de la propia muerte. Ahora esta conmoción invade a los discípulos. La conmoción se produce ante la conciencia de la separación próxima de aquel que se había hecho necesario para su existencia. Jesús invita a creer, a basarse firmemente en él. En la fe de Israel, es Dios quien da a sus fieles la estabilidad de una roca. Aquí nuestro texto iguala las dos creencias: en Dios y en Jesús.

La referencia a las «muchas estancias» de la casa del Padre se refiere a la abundancia de la salvación divina. Estos versos explican dónde va Jesús y anuncian su vuelta. El acento recae en la reunión de los discípulos con Jesús, ya que él es la fuente de donde mana la vida.

Señalar, sin embargo, que los discípulos podrían haber entendido la promesa de su reunión definitiva con el Maestro como un futuro de cuyo advenimiento solo cabe la espera; el evangelio, sin embargo, manifiesta que se precisa una acción por su parte. En la Biblia, la realización de la Alianza depende de la acogida y de la fidelidad de Israel; aquí depende de la fe que acepta el misterio

el misterio del Hijo, es decir, su unidad con el Padre.

Hemos pasado de la contemplación de la casa del Padre a la exigencia a creer en el Hijo. Aparece la imagen del «camino» para dirigirse adonde va él mismo. Israel entendió que Dios manifestaba al pueblo escogido sus caminos para que iluminasen su conducta y para que el pueblo pudiera ser el heredero de la promesa. La Ley es, por excelencia, el camino de la vida. Fue en el Éxodo cuando el Señor trazó la ruta por el desierto hacia la Tierra prometida. Jesús supone que los discípulos han aprendido de él el camino que lleva al Padre, pero Tomás confiesa que ignora tanto el destino como el camino que conduce a este.

Jesús responde solemnemente: él es el único camino –el camino verdadero– que conduce al Padre. El Hijo es, en persona, la plenitud de la revelación y, para los creyentes, es la fuente de la vida. La respuesta de Jesús a Tomás se podría reescribir diciendo: «Si crees que yo soy la verdad y la vida, puedes estar seguro de que encontrarás en mí el camino que conduce al Padre, hacia el cual voy y en el cual estoy».

JOAN FERRER

D. 32 del tiempo ordinario / A

1 lectura: Sabiduría 6,12-16

Quienes buscan la sabiduría la encuentran.

El libro de la Sabiduría fue escrito en Alejandría, en contacto con la cultura griega, entre los años 150 y 30 aC. El texto presenta la sabiduría en forma personificada, al estilo de Prov 8,22-30. Ella sale al encuentro del hombre, anticipándose y provocando el deseo de seguirla y de buscarla (vv. 13.16). La sabiduría es reflejo de la voluntad de Dios, por eso es «radiante e inmarcesible» (v. 12). Es fruto del esfuerzo humano y don de Dios. Se da a conocer a quien la desea: «La ven con facilidad los que la aman y quienes la buscan la encuentran» (v. 12).

Los sabios bíblicos se esforzaban en bus-

car y enseñar lo que podía ser de ayuda al ser humano para vivir y actuar mejor. Para ello se dedicaban a la observación atenta e imparcial de la realidad por medio de la experiencia y de la razón. En la etapa más madura de la reflexión sapiencial bíblica, la sabiduría llega a coincidir con la fe y con la obediencia a la Palabra del Señor: «El comienzo de la sabiduría es el temor del Señor» (Prov 1,7). El hombre sabio es el que conoce el arte de vivir, no solo iluminado por la experiencia, sino también por la Ley del Señor. Por eso es fundamental buscar la sabiduría: «Meditar sobre ella es la prudencia consumada» (v. 15).

2 lectura: 1 Tesalonicenses 4,13-18

Dios llevará con él, por medio de Jesús, a los que han muerto.

La comunidad de Tesalónica se interrogaba por la suerte de sus seres queridos ya difuntos. El Apóstol les ilumina a la luz del fundamento del *kerigma* cristiano: «Nosotros creemos que Jesús murió y resucitó, de igual modo, Dios llevará con él, por medio de Jesús, a los que han muerto» (v. 14).

Luego Pablo reflexiona sobre la segunda venida del Señor, utilizando términos y expresiones típicas de la apocalíp-

tica bíblico-judaica, que no deben ser tomadas al pie de la letra, sino como parte de un complejo lenguaje simbólico con el que se expresaba el triunfo definitivo de Dios sobre las fuerzas del mal al final de la historia. La venida del Señor al final de los tiempos marca ese momento definitivo, a partir del cual «estaremos siempre con el Señor» (v. 17). El objetivo de la reflexión de Pablo es pastoral: «Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras» (v. 18).

3 lectura: Mateo 25,1-13

¡Que llega el esposo, salid a su encuentro!

El trasfondo cultural de esta parábola es la forma tradicional con que se cele-

braba el matrimonio en Israel en tiempo de Jesús. El último día de los festejos, el

novio se encaminaba con sus amigos, a la casa de la novia, que esperaba su llegada acompañada de sus amigas de juventud y de virginidad. Después que el novio llegaba, entre música, cantos y gritos de alegría, se formaba un solo cortejo hacia su casa, donde se celebraba el matrimonio y se tenía el banquete nupcial.

El evangelio califica a cinco de las muchachas, amigas de la novia y que esperan la llegada del esposo, como «necias» o «imprudentes», porque no fueron previsoras y no llenaron sus lámparas de aceite; las otras cinco, las «sabias» o «prudentes», estaban preparadas con sus lámparas llenas de aceite en el momento en que llegó el esposo. Las sabias son admitidas a la fiesta, porque están preparadas, las necias son excluidas porque se preocupan por buscar aceite para sus lámparas en el último momento. Lo que distingue a unas de otras no es si duermen o están en vela, sino el hecho de haber preparado o no el aceite necesario para sus lámparas y así poder acompañar al esposo. De hecho, «como el esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron» (v. 5).

En la Biblia es sabio quien sabe conducirse y orientarse en la vida; es necio, quien no tiene una orientación adecuada, el imprudente, el irreflexivo. Las muchachas «sabias» o «prudentes» representan al discípulo auténtico, al

«hombre sabio» que edifica su casa sobre roca, porque escucha las palabras de Jesús y las cumple (cf. Mt 7,24-25); las «necias» o «imprudentes», representan al «hombre necio» que edifica su casa sobre arena, porque escucha las palabras de Jesús pero no las pone en práctica (cf. Mt 7,26-27).

No basta pertenecer al grupo de los que esperan al Señor. El aspecto decisivo es la fidelidad y la obediencia a su palabra durante el tiempo de la espera. El aceite de las lámparas representa la fidelidad y la perseverancia de los discípulos. Por eso las vírgenes sabias no pueden compartir su aceite con las otras en el momento final (v. 9). No es un acto de egoísmo, sino un detalle que subraya la responsabilidad personal con la que cada uno se coloca delante de la palabra de Jesús.

El esposo, que representa a Jesús que vendrá al final de los tiempos, se transforma en juez (v. 12). Un grupo de vírgenes entra al banquete, el otro grupo queda fuera y escucha de la boca del esposo la fórmula de exclusión, con la cual en otros textos se condena a los agentes de iniquidad: «En verdad os digo que no os conozco» (v. 12). Los discípulos deben estar vigilantes a la espera del Señor, que llegará en forma imprevista. Es sabio solamente quien se esfuerza en hacer la voluntad del Padre tal como la ha revelado Jesús.

SILVIO JOSÉ BÁEZ

(Actualmente es obispo auxiliar de Managua)

D. 33 tiempo ordinario / A

1 lectura: Proverbios 31,10-13.19-20.30-31

Trabaja con la destreza de sus manos.

El libro de los Proverbios contiene una colección heterogénea de palabras de sabiduría puestas bajo la autoridad del rey Salomón. El primer libro de los Reyes, al hacer memoria de la actividad de sabiduría del hijo de David nos dice que «Salomón inventó tres mil proverbios y compuso cinco mil canciones» (1Re 5,12).

Los fragmentos que componen esta primera lectura están extraídos del célebre himno que elogia a la «buena esposa». Es muy singular que la literatura sapiencial, que se caracteriza por una

actitud más bien desdeñosa con las mujeres, haya escogido a una mujer como modelo de compromiso y de sabiduría. La perspectiva en que está colocada es incluso económica, con la celebración de la actividad comercial, de la tarea doméstica, del compromiso social ante los pobres y los miserables; pero sobre todo destaca su riqueza humana, «vale mucho más que las perlas»; por esto esta mujer alabada se caracteriza –y esto da consistencia a todas sus actividades– porque «teme al Señor». La fe articula toda la existencia.

2 lectura: 1 Tesalonicenses 5,1-6

Que el día del Señor no os sorprenda como un ladrón.

La cuestión de la Parusía, el retorno glorioso de Cristo, inquietaba a los cristianos de Tesalónica: si Cristo ha de volver, ¿cuándo será y cómo la gente puede estar segura de que está preparada para este acontecimiento decisivo?

Pablo dice que la Parusía vendrá de manera inesperada: «como un ladrón en la noche» que entra dentro de la casa de los que piensan que están seguros. El «día del Señor» irrumpirá de manera imprevista en aquellos que piensan que los caminos del mundo seguirán sin que ocurra nada. Cuando llegue será inevitable, como cuando llegan los dolores a la mujer encinta. Sobre el acontecimiento, sin embargo, nadie tiene su calendario y no se pueden hacer predicciones.

Con todo, no obstante, este día no tomará por sorpresa a los creyentes, porque «no vivís en tinieblas». Los cristianos pertenecen a la luz, al día, por eso han de estar constantemente preparados para el retorno de Cristo. En otras palabras, para los cristianos, la respuesta a la cuestión «¿cuándo será el día del Señor?» es... «¡ahora!».

El tipo de urgencia cristiana a vigilar a que Pablo hace referencia puede sonar extraño a muchas personas cristianas de nuestro tiempo, después de dos mil años de historia cristiana. La cuestión hay que plantearla correctamente: no se trata de una vigilia cronológica sino de importancia. Esperar la Parusía, después de dos mil años de su promesa, es

confesar que Dios se encuentra al principio y al final de la vida humana, y que la humanidad permanece responsable ante Dios de su comportamiento.

La cuestión verdaderamente importante no es cuándo Cristo retornará, sino qué significa su promesa. El retorno de Cristo significa la salvación. La voluntad de Dios siempre ha sido y es traer la sal-

vación a través de Jesús. Lo que es significativo es que toda la vida cristiana sea vivida con Cristo. Entonces, saber cuándo esta vida llegará a cumplimiento –hecho que está más allá de las posibilidades humanas de conocimiento– no es demasiado significativo, porque lo que es verdaderamente importante es la esperanza confiada de que la vida cristiana culmina en Dios.

3lectura: Mateo 25,14-30

Has sido fiel en lo poco, pasa al banquete de tu Señor.

La «parábola de los talentos» –el talento era una unidad de peso antigua que equivalía, aproximadamente, a 21,7 kg de plata– en el contexto evangélico presupone la partida de Jesús y su retorno anticipado. ¿Cuándo ocurrirá? ¿A qué se parecerá? ¿Qué significa para la Iglesia? La narración evangélica evita la especulación, y explica esta parábola, que centra la atención de los oyentes en la fidelidad, en el hecho de estar siempre a punto y en el riesgo. Esperar el retorno de Jesús significa ser buenos administradores de todos nuestros recursos, especialmente del Evangelio. Dos de los empleados se toman en serio este encargo.

¿Y el tercero? No es una persona deshonesta que se quiera apropiar de lo que pertenece al señor. No hay fraude, engaño o escándalo. ¿Qué tiene de malo la prudencia o falta de espíritu del empleado? La prudencia y la cautela pueden ser virtudes, pero aquí se

han convertido en vicios. El empleado es un hombre temeroso, que no quiere correr el riesgo de comerciar en el mercado y, en caso de pérdida, recibir una reprensión del amo severo.

El amor pide riesgo –matrimonio, ser padres, vulnerabilidad, confrontación, ternura–. Para los lectores de la comunidad de Mateo, sin embargo, el riesgo no se hallaba tanto en las relaciones interpersonales como en la confesión pública del evangelio. ¿Lo guardarían en un lugar secreto y seguro o lo pondrían en la plaza del mercado de las naciones? Ser discípulo de Jesús comporta riesgos y peligros.

Es necesario señalar, además, que los que fueron fieles fueron recompensados con más responsabilidades, más riesgos y más peligros, aunque también con la alegría incomparable de la presencia del Señor: «Pasa al banquete de tu señor».

JOAN FERRER

Jesucristo, Rey del Universo / A

1 lectura: Ezequiel 34,11-12.15-17

A vosotras, mis ovejas, voy a juzgar entre oveja y oveja.

Este es uno de los fragmentos del libro del profeta Ezequiel que contiene un mensaje claro de esperanza, en contraste con todos los textos de condena que hay dentro de su libro. Señalar, sin embargo, que la proclamación no es de una buena nueva absoluta –hay el recuerdo del juicio «Voy a juzgar entre oveja y oveja, entre carnero y macho cabrío»– porque el mal, en el contexto del profeta, persiste.

Ezequiel constata que ha habido «oscuridad y nubarrones» que han hecho que las ovejas de Israel se dispersasen; pero ahora este día ha pasado y las ovejas dispersadas ahora serán reunidas de nuevo por razón de la gracia de Dios. La metáfora que usa el profeta para expresar la actividad salvadora del Señor es la del pastor que busca las ovejas perdidas del rebaño. De la mis-

ma manera que el buen pastor reúne a los animales del rebaño que están en peligro, el Señor reunirá el resto de Israel dispersado por causa de los desastres que se han producido a lo largo de la historia del pueblo. El Señor buscará las ovejas, las curará de las enfermedades y las apacentará a todas «como es debido», que es una cualidad divina.

Todo esto será como resultado de la intervención del Señor, Dios personal, que cuida las ovejas como posesión propia. Los verbos están formulados en primera persona: «yo mismo...». Dios tiene una vinculación personal con la vida y las diversas fortunas de la nación. Con mucha probabilidad Jesús mismo se inspiró en este pasaje para formular su propia comprensión de su tarea como buen pastor que busca la oveja perdida.

2 lectura: 1 Corintios 15,20-26.28

Devolverá a Dios Padre su reino, y así Dios lo será todo para todos.

En la primera parte de su primera carta a los Corintios, Pablo proclamaba, como gran novedad de su predicación, que la sabiduría eterna y salvadora de Dios se ha encarnado y se ha hecho realidad humana en Cristo. La atención se centró en Cristo crucificado: la cruz como fuente de salvación ocupaba el centro de la escena. Ahora, sin embargo, el apóstol enfoca su atención hacia la resurrección del Señor. Cristo muerto en la cruz ha resucitado, y ahora arras-

tra tras de sí toda la humanidad solidaria con él.

Pablo estalla en un grito de fe y esperanza: «Cristo resucitó de entre los muertos». Él ha resucitado, pero no es un caso insólito y excepcional, sino que él es el primero. La palabra no tiene un simple valor cronológico, sino que indica que Cristo es el principio activo de la resurrección de los demás; el primogénito de los que triunfan de la muer-

te. Cristo ha sido constituido por Dios principio de la nueva humanidad, y su resurrección tiene una fuerza imparable. Todo lo que pertenecía al orden del

mundo antiguo –«principado, poder y fuerza» y la misma Muerte– será destituido, y el Hijo lo devolverá todo al Padre, como culminación de lo que ha empezado en la resurrección del Hijo.

3lectura: Mateo 25,31-46

Se sentará en el trono de su gloria y separará a unos de otros.

El fragmento de Mateo nos sitúa en el espacio del juicio al final de la historia. Entonces el Hijo del hombre separará «las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda».

El texto nos recuerda a los hambrientos, sedientos, extranjeros, desnudos, enfermos y encarcelados. Estas personas, que en apariencia están al margen de la historia, son el lugar privilegiado de la presencia del Hijo del hombre. El fragmento es impresionante y pide mucho más que una visita ocasional a la cárcel o bien el ofrecimiento de una cesta de Navidad a los necesitados. Sus demandas son mucho más penetrantes y sus promesas mucho más poderosas.

La Iglesia nos propone esta lectura el día de la celebración de la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo. La mirada pasa del juicio al juez. El protagonista verdadero no es ni el grupo de la derecha, el que es bendito, ni el grupo de la izquierda, que es maldito; ni tan solo los necesitados. La mirada hay que centrarla en el Hijo del hombre que se sienta en el trono. Él es el Pastor Rey, que separa ovejas de cabras.

Cristo, en el contexto del Evangelio según Mateo es visto, aún en su vida en la tierra, como el Hijo del hombre elevado, que hace de juez y rey de todos los pueblos. Además, Cristo está presente en los más débiles y desgraciados de la tierra. Jesús se identifica él mismo con estas personas, que devienen en lugar de su presencia.

Cristo, el rey, el elevado, aquel ante el cual las naciones son congregadas, está presente entre los marginados y los humillados. Ellos son sus representantes, de manera que al servirlos se está sirviendo al Señor escatológico. Pero no podemos olvidar que nada de todo esto puede ser separado de la memoria del Hijo del hombre, que fue entregado a muerte y crucificado. El juez fue víctima de los juicios humanos; el rey universal fue objeto de burla. El que pronuncia el veredicto sobre el mundo es aquel que «salvará a su pueblo de sus pecados» (Mateo 1,21); un juez completamente insólito. La autoridad absoluta de Cristo Rey cobra sentido a la luz de esta imagen evangélica global.

JOAN FERRER